

EL DENTISTA ZURDO



lo que ha Y que oír

Vive y trabaja enfrente del río Salambó, en la zona alta. El barrio se llama Los Remedios. En principio, no es mal nombre para abrir una consulta de cualquier característica.

Primera consulta.

Lo que más suele emocionar en una visita al dentista es la huida. Abandonar los pisos extremadamente blancos y los suelos entarimados. Acceder al ascensor y sentirse por fin a salvo.

Fui caminando desde mi casa, media hora, centro histórico a través. Crucé el puente de San Telmo y encontré la placa envejecida en tonos cobrizos que indicaba el piso donde vivía mi nuevo dentista, al que a partir de ahora llamaremos Leopoldo.

Cuando se cambia de dentista, se ha cambiado definitivamente de ciudad.

En el primer encuentro, Leopoldo me habló de los problemas de memoria que se conocen como metamemoria o síndrome de la punta de la lengua. También me habló de un viaje en coche por la bahía de Cádiz.

Yo había subido en ascensor hasta el cuarto piso. Me había encontrado un gran espejo en la entrada del portal y mi cara congestionada por la humedad del Salambó.

En la sala de espera hay un ventanal. No, no es un gran ventanal, que parece que no puede haber ventanal sin ser gran. Es un ventanal. Suficiente para ver la Torre de la Plata y el pabellón de Argentina al otro lado del río. A la izquierda del puente de San Telmo hay un merendero llamado Las Flores. Perdón, un

gran restaurante llamado Las Flores. Con extraordinarias vistas al Salambó, hace frontera con el barrio de Triana. Miro la galería acristalada y distingo en el interior de Las Flores una mesa alargada con micrófonos, unos focos que apuntan a la mesa y a los hombres con corbata que la ocupan. Unos camiones de la televisión pública están aparcados en la puerta del merendero.

Me estoy desangrando. Pido, por favor, con un hilillo de voz y un hilillo de sangre corriéndome por la comisura derecha, las coordenadas del baño. La enfermera se llama Salud.

Relaciono la sangre sobre la loza immaculada del lavabo con el desayuno político y televisado. Los focos sobre el río, el aire gélido incomodando el tráfico del puente, haciéndolo inhóspito.

Escupo toda la sangre que puedo y salgo a mi escena.

Me hacen esperar la entrada del actor principal tumbada en el sillón reclinable y con un babero con cordón metálico al cuello.

Leopoldo pregunta por las personas que me han enviado hasta él. Referencias, dice. Escribe en la ficha. Está sonando Cat Stevens.

—Me encanta Cat Stevens, me recuerda a mi padre.

—Qué viejo me acabas de hacer —se queja Leopoldo con una falsa pesadumbre.

—Lo redescubrí con las películas de Hal Ashby.

—¿Conoces a Hal Ashby? —ahora está admirado—. Pues yo no.

Yo ya sólo puedo asentir y sonreír con los ojos. Ya me tiene presa, espejito en mano dentro de mi boca.

Me percato de que es un perfecto caballero cuando me explica con todo lujo de detalles, como la cosa extraordinaria que es,

cómo me va a anestesiar y las consecuencias que esto pudiera tener. Es un pliego de descargo oral.

Le cuento que me partí la muela celebrando una muy buena noticia y aprovecha el pretexto de la anestesia para averiguar si esa celebración no tendría que ver con mi «estado de buena esperanza».

Me sonrío y niego moviendo el dedo, imaginándome de inmediato muchos hijos rubios que me llegan por las rodillas.

El dentista zurdo canturrea a Cat Stevens mientras se ajusta los guantes.

Me habla de la bahía de Algeciras, de un caudillo genocida que hubo en Etiopía del que es incapaz de recordar el nombre. No sé quién es el dentista zurdo, pero confío en él.

Los dentistas son actores especializados en monólogos.

Me informa de que se ligó a su mujer aprendiéndose el *Concierto de Aranjuez* a la guitarra. Tiene cuatro hijos ingenieros, una hija pintora y una mujer danesa llamada Colin que corre por la playa de Zahara de los Atunes cinco kilómetros diarios y luego se baña en el agua helada del mar del atlántico. En casa del dentista zurdo hay una habitación sólo ocupada por tres ordenadores.

—Uno de ellos bajo sistema Linux.

Se declara enemigo de la SGAE mientras dibuja mi rota muela como debió ser en su infancia. Y explica lo sucedido con la delicadeza extraña que tienen los zurdos al dibujar. Me extrae el pedazo fracturado. Me enjuago.

El estado de mi boca no es malo. Ha dicho Leopoldo.

—Ten en cuenta que yo soy un actor de última hora. La boca es una biografía y tú ahí ya tienes mucho vivido.

Me pongo el abrigo mientras me dan una nueva cita en la entrada. Salgo.

Mientras espero al ascensor, Leopoldo abre la puerta, iluminando el descansillo con la luz halógena e higiénica de su consulta.

—Selassie.

—¿Cómo?

—El último emperador etíope. Fue estrangulado a manos de Mengistu en 1975 con un cordón de nylon. El verdugo se situaba a la espalda y tirando con fuerza en sentido opuesto de los cabos del cordón rompía la tráquea al reo, que fenecía en la peor de las asfixias. La llamada Pajarita de Mengistu. ¿Te ha dado hora Salud? —dice con las manos enguantadas y extendidas delante, como una Virgen barroca.

Asiento con una sonrisa de media comisura, por la anestesia y por la estupefacción.

—Mengistu mandó enterrar el cadáver de Selassie bajo los mosaicos de un baño en el palacio real.

Leopoldo se sube la mascarilla y vuelve a la consulta cerrando la puerta de espaldas y con el pie. Llega el ascensor. Pienso en memorizar Selassie, para Google y Wikipedia. También imagino una balda con toda la colección de fascículos de *Historia 16* en la sala de los ordenadores de Leopoldo.

Canturreo a Cat Stevens con media cara dormida. «*Oh, baby, baby, it's a wild world*». En el merendero ya no hay rastro de la comitiva. Y ya ha salido el sol que transforma a diario el frío Salambó.